

MANIFIESTO XXIX SANTO ROSARIO UNIVERSAL

JUNIO 2026

Comienza el mes de junio. En el umbral de la segunda mitad del año, la Iglesia lo consagra al Sagrado Corazón de Jesús: fuente inagotable de amor, misericordia y reparación. Es el Corazón que ardió por la humanidad hasta entregarse en la Cruz; el Corazón traspasado que sigue llamando a los hombres de todos los tiempos; el Corazón que ama incluso cuando es rechazado.

Mientras tanto, el mundo secular, que consciente y deliberadamente ha dado la espalda a Dios, celebra otros altares. Exalta el orgullo de Babel, la autosuficiencia del hombre que pretende construirse sin Dios y contra Dios. Allí donde se confunde la libertad con la ruptura de todo orden, donde lo efímero sustituye a lo eterno y donde el ruido del mundo intenta acallar la voz de la Verdad.

Como cristianos, nuestro mayor orgullo es pertenecer a Cristo: el orgullo de ser servidores de Dios e hijos de la Santísima Virgen. Mientras el mundo dirige la mirada hacia lo pasajero, nosotros la elevamos hacia el Cielo. Mientras otros buscan respuestas en ideologías cambiantes, nosotros las buscamos en Aquel que es el mismo ayer, hoy y siempre.

En estos días, el Sagrado Corazón está herido. Herido por la apostasía, por la indiferencia religiosa, por la tibieza y por una modernidad líquida que pretende hacer invisible la presencia de Dios. Pero ese mismo Corazón sigue latiendo con la fuerza del amor infinito. Como escribió San Pablo, «todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta». Allí donde el mundo ve derrota, Dios prepara la victoria. En esas heridas, en esas lágrimas, en ese aparente sufrimiento, se encuentra ya el germen del triunfo.

Nos corresponde ser soldados del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María. Bajo estos estandartes vivieron los santos, resistieron los confesores de la fe y entregaron su vida innumerables mártires. Nosotros también estamos llamados a levantar esas banderas sin complejos y sin temor. En ellas encontramos el camino cuando reina la confusión, las respuestas cuando abundan las dudas y el consuelo cuando llegan las pruebas.

Por eso seguimos adelante. Unidos en el Santo Rosario. Unidos más allá de las fronteras, las lenguas y las naciones. Cada Ave María es una piedra más en la construcción de una muralla espiritual. Cada misterio meditado es una victoria contra la desesperanza. Cada Rosario rezado es una proclamación de que Dios sigue reinando y de que María sigue guiando a sus hijos.

Sigamos unidos en el Rosario Universal, bajo el Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María, con la certeza de que la última palabra no la tendrá el mundo, sino Cristo Rey.

¡Adelante, hijos de la Virgen!

¡Adelante, apóstoles del Rosario!

¡Adelante, soldados del Sagrado Corazón!

Ni un paso atrás.